

Vigésimo Cuarto Domingo del TO B2024

Ser profeta en Israel era un gran honor y una hermosa vocación. El profeta era visto muchas veces como los ojos, las manos y la boca de Dios en medio de su pueblo. Pero, ser profeta era también una tarea difícil, porque lo que tenía que decir no siempre era bien recibido por el pueblo. A veces, sus palabras podían meterlo en problemas hasta el punto de ser perseguido o condenado a muerte.

Es lo que le sucedió a Isaías, como hemos escuchado en la primera lectura. Estaba sufriendo en el ejercicio de su misión de profeta. Por causa de Dios, fue humillado y perseguido. Sus enemigos se burlaban de él y lo insultaban. Pero, cuanto más lo hacían, más se mantenía fiel a Dios.

Lo que dio a Isaías valor para mantenerse firme en su misión, a pesar del sufrimiento, fue la conciencia de la presencia de Dios en su vida. Sabía que Dios, que lo había hecho elegido, era capaz de ayudarlo también en los momentos difíciles. Tenía la seguridad de que, pasara lo que pasara y sea que fuera la intensidad de su sufrimiento, Dios estaba con él. No estaba solo. Dios lo ayudaría y lo sostendría por la rectitud de la causa que defendía.

El destino del profeta, tal como se describe aquí, predice el destino de nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor tuvo que pasar por el sufrimiento, el rechazo y la muerte antes de triunfar en la resurrección. Pero, antes de revelar a sus discípulos esta parte importante de su vida, quiso saber qué pensaba la gente de él.

Desafortunadamente, los rumores populares y las opiniones de la gente no pudieron determinar su verdadera identidad. Por eso, nuestro Señor se volvió hacia sus apóstoles y les preguntó qué decían ellos mismos sobre él. En una respuesta repentina, Pedro dijo lo que siempre supo en su corazón: que Jesús era el Cristo, el Mesías. Tan pronto como Pedro hizo este descubrimiento, nuestro Señor les prohibió que se lo dijeran a nadie.

¿Por qué? La razón es que en la sociedad judía se creía que el Mesías nunca sufriría ni moriría. Tenía que vivir para siempre y triunfar sobre todos los enemigos de Israel. Y, sin embargo, la percepción que nuestro Señor tenía sobre el Mesías era totalmente diferente. Sin duda, él es el Mesías, pero un Mesías que tuvo que sufrir y morir.

Una vez que planteó la cuestión de su sufrimiento y muerte, los discípulos la encontraron inaceptable. Para ellos, el Mesías debía vivir eternamente y triunfar sobre todos sus enemigos. Es en ese contexto que Pedro lo tomó aparte y comenzó a reprenderlo. En otras palabras, Pedro quería proteger a Jesús, pero al mismo tiempo intentaba alejarlo del cumplimiento del plan de Dios en su vida.

Nuestro Señor calificó la reacción de Pedro como una tentación similar a la de Satanás: “Apártate de mí, Satanás! Porque tú no juzgas como Dios, sino según los hombres”. En otras palabras, Pedro le estaba proponiendo lo mismo que Satanás hizo en el desierto. Quería desviarlo del cumplimiento del plan de Dios al abrazar la cruz.

Todo esto nos muestra cuán extrañamente el tentador puede hablarnos a veces con la voz de un amigo bien intencionado. Como nos ha enseñado la experiencia humana, podríamos haber decidido hacer lo correcto, pero eso implica sacrificio. Y sucede que un amigo intenta, con todas las mejores intenciones del mundo,

impedírnoslo. Si le hacemos caso, ciertamente jugamos sobre seguro, pero perdemos la oportunidad de realizar una acción correcta que realizaríamos en beneficio de los demás. Eso es exactamente lo que sintió nuestro Señor en la reacción de Pedro.

Por eso lo llama Satanás, tratando de desviarlo del plan de Dios que tiene que traer la salvación al mundo a través de su muerte en la cruz. Al contrario, nuestro Señor tuvo que morir por la salvación del mundo. No podía escapar de esa misión.

Como lo fue para nuestro Señor, nuestra vida cristiana es un constante seguimiento de los pasos de nuestro Salvador. Si queremos seguir a nuestro Señor, debemos estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz después de él. Es una ilusión pensar que porque somos discípulos de Cristo no podemos sufrir ni estar en problemas.

Por eso nuestro Señor insiste en que nos neguemos a nosotros mismos y tomemos nuestra cruz después de él. Negarse a nosotros mismos significa aceptar sacrificios por el reino de Dios. Tenemos que perder un poco de nuestra vida para ganar a Cristo. Si no sacrificamos nada de lo que constituye nuestra vida presente, sería imposible tener vida eterna. Es solo cuando arriesgamos algo por amor a Cristo que podemos recuperar nuestra vida. Nuestros compromisos ante Dios y en la sociedad implican una parte de sacrificio y sufrimiento.

La cruz forma parte de nuestra vida. Puede tomar muchas formas: quizás tu cruz sea una relación difícil con tus hijos, con los miembros de tu familia, o una enfermedad que se ha convertido en parte de tu vida, o algunas dificultades de las que no puedes deshacerte, etc.

No hay vida cristiana sin renuncia y sacrificio. No se trata sólo de sacrificarse por nosotros mismos, sino también por el bien de nuestros semejantes. Como nos dice Santiago, «la fe sin obras está muerta». Esto debe ser visible en el modo en que la ponemos en práctica. Nuestras acciones siempre hablarán más fuerte que las simples palabras.

Por tanto, estamos invitados a renovar nuestra fe, a hacerla más comprometida al servicio de Dios y de los hermanos. Estamos llamados a demostrar la autenticidad de nuestra fe a través de acciones concretas que ayuden a los necesitados. Dar de comer a los hambrientos, vestir a los desnudos, dar techo a los que no tienen techo, etc. Son signos que hacen vivo el testimonio cristiano. Lo que necesitan los hambrientos y los desnudos no son sólo una expresión amistosa de simpatía, sino comida y ropa. Oremos para que Dios nos ayude a aceptar algún sacrificio siguiendo los pasos de nuestro Señor por nuestra salvación eterna y el bienestar de nuestros hermanos y hermanas.

Isaías 50: 5-9a; Santiago 2: 14-18; Marcos 8: 27-35



Fecha de la Homilía: el 15 de Septiembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240915homilia.pdf